

ct

# Un idioma propio

de  
Minke Wang

王  
敏  
科

*(fragmento)*

Se levantaba una torre de hormigón sola en mitad de las aguas, el aire acuchillaba las rendijas metiéndose entre bloques, el oleaje corroía la superficie depositando capas de dodecaína sobre la base —poblada en la parte sumergida de dátiles de acequia que perforan las entrañas del cemento mientras crecen y, cuando las conchas son quebradas y la vianda succionada por estrellas de brazos radiales, dejan huecos que son ocupados con escepticismo por peces o langostas jóvenes que acaban de mudar de exoesqueleto—; a veces un organismo trepador se aventuraba a subir por la fachada escurridiza resguardándose en colonias de líquenes verdes o amarillos fosforescentes al flaquearle las fuerzas, de impulso en impulso iba consumando las etapas de una ascensión hacia no se sabe qué desenlace; puede que el horizonte falto de indicios de progreso haga que las criaturas se apeguen a la torre como único sostén de la natural inclinación a conectarse con lo más alto, la luz huidiza e intermitente que de tanto en tanto aparece en algún punto de la construcción ahondaba más el misterio y avivaba el ansia del que iba incansable tras el dictado de su desesperación.

Puede que hubiera una réplica de la torre, o puede que ella misma fuera la cúspide de un valle densamente poblado de estudiantes antes de sumergirse en las aguas; aunque esto no llega a ser siquiera una puntada de la aguja grabando en el lagrimal de la historia, el duque oceánico invadido de crustáceos echaba de menos abiertamente a su hija pequeña, la quisquilla más consentida del reino allende la cúpula transparente de las aguas, que inyectándose revoltosa una solución transgénica había adquirido apariencia humana y, jugando a merodear por las calles bulliciosas del mercado como rica extranjera, había visto pasar alicaído —hato de pliegos enrollados bajo una axila— al estudiante en paro; desde ese instante perdió el mundo de vista, lo siguió nerviosa por los callejones hasta que él se sentó al borde del estanque donde se liberan peces y tortugas y ranas en expiación de culpas; ensimismándose aún más, este desenrolló un pliego que empezó a leer moviendo la cabeza en círculos mientras mascullaba acompasando un cántico esquizo; ella dio un rodeo y desembocó en la plaza por otra entrada, dejó caer las sedas sobre el empedrado mohoso y se adentró en el agua deslizándose en el disfraz de una excelsa carpa dorada; primero dio unas vueltas entre ovas verdes y raíces de nenúfar a ver si él se fijaba en su silueta lustrosa, como quiera que este no levantaba las narices de lo garabateado, cuando estuvo lo bastante cerca irguió coqueta la cola y palmeó la superficie salpicando con descaro el pliego extendido; él tapó la hoja con la manga ancha de la ropa talar de tela y miró alarmado en dirección al estanque:

—¿Qué deudas no saldadas hay entre tú y yo, pez ingrato, para que quieras emborronar la caligrafía de mis escritos?

—Es que se alegra mi cintura de verte, vamos que se me va sola, ¡mira con qué gracia cimbreo! — Y vuelve a salpicarlo ejecutando un par de ornamentos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Se pone de pie aún más espantado recogiendo apresuradamente los pliegos.

—¿La verdad?, no lo sé, dímelo tú; anda, ¿qué crees que me está pasando?

—¿¡Y qué sé yo!? Para empezar, eres un pez que habla.

—¿Por qué quieres hacerme daño? ¿Es que eres tan enajenado como pareces?

—...

—¿O de tanto estudiar te has quedado turulato?

—¿Qué hay de malo en estudiar?

—Entonces, ¿no lo has leído en ningún pliego? Es una escena más que repetida en los cuentos herméticos de la antehistoria. ¿Sabes quién soy? Soy la infanta crustácea de los mares tibios, mi padre gobierna todos los reinos subacuáticos donde habita en mayoría suficiente nuestra clase; si te casas conmigo no va a faltarte de nada, podremos asentarnos en los arrecifes sin otra tarea que la de descubrir insólitos tesoros entre recovecos del coral, y asociadas a cada objeto escucharás maravillas jamás contadas que están esperando a que seas el primero en recrearlas por escrito.

—¿Qué ganas de firmar los textos ya!

—Pero primero has de quererme como a mí me gusta.

—¿Y eso cómo se hace, criatura quimérica? —Deja caer los pliegos y se arrodilla frente a ella—. ¿Me concederás aunque sea por piedad una porción de tus escamas donde posar pueda mis tiernos labios?

—¿Es invención o certeza lo que estoy escuchando?

—Si he de ser transparente con el público, jamás he podido penetrar en asunto de amores, únicamente repito fórmulas de cortesía pero apenas si siento el pellizco en un pie.

—No digas eso, aunque el verbo esté desconectado del cuerpo, delata tu naturaleza pasional.

—¿Tú crees?, pues a ver qué te parece esta: Efigie subacuática, ¿me conducirás aunque sea por haber entrado en celos a la cueva ritual-de-lo-habitual donde derramar pueda un chorro seminal sobre tus prótesis desovadas?

—Lo que hay que oír. Menudo estratega.

—Bate exasperada la cola y el limo baila un fandango enturbiando el agua; las ranas han saltado asfíxiadas del estanque, aterrizan sobre los pliegos extendidos haciendo patinar las palmas membranosas; en un santiamén solo ha quedado el fondo indistinguible de una tinta desvanecida.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Por qué no? ¿Qué te cuesta quererme como a mí me gusta?

—Yo no sé querer, y además es imposible. ¿Cómo iba a vivir debajo del agua? No tengo branquias.

—No tiene nada que ver.

—Palmea el agua como si estuviera tocando el tambor de guerra, las tortugas se han alineado con las cabezas erguidas.

—Y, ¿con qué tinta escribir la prosa sin que se deshilache al paso de la corriente submarina?

—Si me quisieras hallarías el modo.

—Pero solo soy un estudiante.

—Eso decís todos cuando no queréis asumir responsabilidades porque os faltan agallas.

—Es verdad, me falta la primera mitad del anfibio porque no he nacido para el amor.

—Cuando el ejército de artrópodos de padre llegue hasta aquí, no quedará ni un palmo de terreno donde tenerse en pie.

No había acabado de pronunciar la frase cuando se escuchó la alarma en la torre; las ondas sentimentales habían llevado el mensaje de la quisquilla despechada al duque oceánico que, reuniendo de urgencia a toda la artillería subacuática, había marchado contra la tierra no sumergida en una carrera de aluviones. La pared vertical de agua amenazaba con borrar de una estampida el valle del pasmo a la señal de la hija pequeña. En estas condiciones dijo la carpa dorada al estudiante haciéndose saltar un ojo de pez:

—Si lo muerdes y absorbes la solución transgénica, tal vez estés aún a tiempo de hacer crecer las agallas y gozar a mi lado entre conchas y caracolas. Si no, sé uno más de entre todos los estudiantes que han de perecer en este valle de lágrimas.

—No te precipites —contestó este atrapando el globo ocular con la lengua extensible—, antes de mandar todo a tomar por remolinos de agua de la ría, deja que te cuente una historia de amor que leí en un pliego:

Esta es la voz de Anfibidimidiata:

—Conociste a este adolescente en ínsula extraña, tan solo querías desflorar la intimidad con algún duque del ruido; desde unidades genéricas de tiempo atrás venía alborotando el distrito centro con fiestas clandestinas en descampados, la reiteración de melodías graves narcotizaba el ambiente, dijo a una temporera que toda la sangre le circulaba del revés cuando te veía saltar de talón en los parques, y si te acercabas a jalearle chistes de amor, coleópteros exhumadores le profanaban el músculo pubicoccígeo; presumía de que ya no tenía mucho que aprender en el sexo, parecía desapegado y que no iba a importarle que no dijeras que sería oficialmente la primera vez (claro que te habías introducido repetidamente piezas moldeadas en arcilla para romper el himen y ver el dibujo que haría el sangrado sobre el lienzo pero no manchabas ni una gota); a mediados de la estación arbórea lo llevaste de la sexta mano a la casa-nave como quien lleva a un alma gemela a la decapitación, te inventabas anécdotas o te burlabas de él según te venía en gana, pasaba de reírse a carcajadas a montar azorado en cólera como si navegase por un sistema de tirabuzones, en un momento de calma bromeaste repasando las uñas:

—Todo hay que decirlo, se nos da bien estar juntos.

Él estaba callado mientras subíais las escaleras crujiendo a cada pisada, franqueado el arco de control, la atalaya de cristal daba a un mar interior árido. Cuando viste su instrumentalidad te pareció todo más bien feo, así que te desnudaste y, volviendo grupas hacia el paisaje de lo inconcluso, dijiste: ven; de puro excitado el bálano estuvo restregándose sin acertar hasta que lo agarraste con delicadeza y enterraste la frente ciclópea entre labios melosos, parecía que se iba a quedar paladeando la pulpa de bienvenida durante toda una edad geológica, pero deslizaste grupas hacia atrás y, al empotrártelo bruscamente, empezaste a murmurar sin querer una plegaria al tiempo que envolvía la carne expansiva un calor a quemarropa; no tardaste en notar que el émbolo surcaba la sima descontrolado como un mecanismo sin calibrar, ¿te había engañado?, pero tampoco le habías aclarado lo que buscabas, apenas contenida la frustración lo detuviste plantando una zarpa en su pubis:

—Suave, deja que mi sacro se ocupe de los preliminares por ahora, cabalgaré hasta que no puedas soportar ni por una décima de segundo más la falta de iniciativa, entonces deberás tomar el control de esta agonía, tendrás que sujetarme fuerte friccionando cualquier órgano rebelde porque quiero desbocarme a orillas del abismo, y penetrar sin resuello hasta colmar el penúltimo resquicio sediento de vida, tal vez así podamos propagar sigilosamente la electricidad en ondulaciones de alta mar aunque naufraguemos hechos trizas.

Pero mucho antes de adentraros en la hazaña y lejos todavía del giro que había de lanzaros a una furia exponencial alcanzó casi enseguida otro punto de no retorno, tan inesperado, que no pudo retrasar la detonación en el interior de la gruta; te paraste un instante aunque no hicieras nada por expulsarlo, la rabia hizo que lo arrullaras retomando los vaivenes, hasta que la vergüenza y la humillación en él fueron dejando paso al coraje que nacía de la impotencia primero pero que fue ganando fuerza hasta henchirse de soberbia; el bálano había vencido la flaccidez, y, aunque inexperto, otra vez se izaba duro como el hambre; en acto reflejo sus miembros fueron adhiriéndose a tus articulaciones, pero fuera por la complejidad de esta maniobra de sumisión o por la natural resistencia en contrapartida, dejasteis de proporcionar combustible al enlace entre-dos; rezongando, el ariete volvió a zarandearse tocado por la flaqueza y ya no hubo manera de remontarlo; te volviste más enfadada que otra cosa aunque hicieras lo posible por levantar las comisuras de los labios:

—¿También ha sido tu primera vez?

—...

—¿Estás bien?

—Tengo que estar en el poblado número ocho para arrancar la sesión sonora. ¿Por qué no vienes? Va a ser una de las mejores jaranas que se contarán en corros de bulla.

¿Qué le costaba haber respondido a la pregunta? ¿Hay algo malo en conocerse un poco después de haber sido oficialmente el primero en atravesarte? Pasas el dedo por los labios menores, el líquido seminal todavía impregnan los pliegues, ¿por qué no?, ¿por qué no vas a ir a bailar? Te enfundas en un mono sin mangas ni perneras, y te calzas unas botas que patearían a cualquiera si llegase el recrudescimiento. Ensartas un neón rosa en el moño, y dices:

—Lista para cercar humanos en collado de euforia.

¿Alguien había vertido una cápsula transgénica en el vaso mientras bailabas? Al primer sorbo regurgitaste y abandonaste aquel nivel de apariencias. La música callada, Sol Meñique espiaba gélido por un resquicio entre roca mayor y roca menor, las figuras todas habían perdido el hálito-energía reducidas a meras carcasas, ¿tu siguiente intervención reanudaría otra radicalidad? Las carcasas se agrupaban e intercambiaban en corros siguiendo trazas aritméticas aparentemente simples, ¿celebraban asamblea performativa para debatir sobre la nueva gramática?, estabas siendo hipnotizada por sus movimientos ligeramente asíncronos, poco a poco se iba desentrañando una fábula que tergiversaba un origen:

—No las teníamos todas con nosotras cuando arrancamos un loco-motor casi por error, acto seguido nos insertamos como nodos en una estructura invisible pero férrea que iba acumulando cuantos de energía, lo fácil hubiera sido dejarnos llevar pero la operación es siempre la desobediencia: diferir la unidad en estados sucesivos de desarraigo y tal vez con eso ligar la migración a una doble falacia. No podemos permitirnos mayor premio que el que se nos ha prometido. En el afán por estar dentro y fuera según nos venga en gana constituimos una versión más de algún continuo espacio-tiempo-etcétera; en la brecha no-germinal puede que confluyan razas y cadencias, los aires de celebración se disiparán tan pronto comiencen a retoñar porque, ¿tiene sentido hablar de lo-bienvenido-y-no aquí?; así como las reglas de juego van enmendándose auto-correctoras, perderemos el impulso narrativo de ir registrando un hito tras otro, la progresión se enmarañará en torno a la falta de atención para la poda, los núcleos de ausencia serán los que más activamente disimulen el desaliño. No es necesario sin embargo que pregonemos la indecisión de madurar como detritos multicolor en zona de disidencia; la vivacidad con que nos reímos de la pobreza es poco menos que una postura de desfachatez.

Hay algo en lo que dicen que te hace sentir como en casa. Regurgitas con alegría:

—Esta es la voz de Ipsibidimidiata:

—Entre vosotras todo está bien, si busco otro abrazo no es por falta de cariño, la juventud incipiente no hace un cuerpo más vulnerable sino que permite un amplio margen de error. Aunque callejeéis toda la mañana sabéis que os espera un plato caliente al mediodía, si coméis gajos de mandarina sentadas en la plaza puede tardar una enormidad en llegar la noche; o la madrugada entera riéndoos porque, apenas asoma Sol Meñique, comenzará otro ciclo salvaje. Vuestro amor de dientes de león, debajo de cada banco se escuchan conferencias, sois dos pero cuando seamos tres recrearemos si nos viene en gana los diez mil seres del unidiverso. Irrumpisteis en esta realidad dilatando contracciones de cemento, una camiseta a rayas ondeaba en el tejado del edificio en retrocesión, con la lluvia azotando respirasteis aire de domingo tarde, respiramos, ¿aún no es tarde? No hallamos enemigos naturales, invadimos parques y verduras espacio propio, machacamos amapolas niña-empapada-en-candor, el día de la asamblea dejamos atrás las moradas, y empiezan a condensarse las partículas prematuras de la ingravidez. ¿Qué hora es la propicia para tocar el xilófono de la reumbilicación? Concebidos cada hálito en su centro urgía reubicarse en perspectiva desfasada, tal vez desde pacientes cabinas en suburbio puedan dispararse flechas tartamudas contra el avance de la megafonía. Nosotras no somos médula ni huesos, ¿si se escribe la pancarta en otro idioma se habrá cambiado grácilmente de carcasa? Una gramática al margen de todo lo que importa, casi tan diluida en la tinta como la línea del ombligo:

—Esta es la voz de la hija predilecta del caos:

—¿Borraste el paisaje mancillado del mapa de neuronas?, cuando en un juego de sumisión celestial dos vástagos semi-gaseosos insertaban en tu hendedura rombos y toda una serie geométrica de figuras, no sabías si dar rienda suelta al goce sensual o a la angustia de ser castigada — periódicamente de ahí en adelante— por motivos extranjeros ¿que nunca llegarías a comprender?; mirando fijamente el retrato en ondas de distorsión que auto-modulaba su frecuencia en el claro del musgo, llegaste a rogar por alguna señal que despejara la culpa que iba cerniéndose sobre las entrañas en busca de surco afectuoso donde enraizar; pero Piedad Bacteriana todavía no atravesaba plantaciones de líquen, y se te agarró aquello que actuaría como rémora perturbadora allá donde fueras e hicieras lo que hicieras. ¿La adicción descalza de tu infancia se debía más a una querencia de sumersión con lastre en aguas profundas que a la algarabía de chapoteo en acequias que abastecen a poblaciones de bulla?

En horas de siesta te escapabas de la solana al pozo y, apretando el vientre contra el brocal, buscabas el reflejo entre sandías y botellas de cerveza atadas a cubos de hojalata que iban a la deriva, chocando entre ellos o contra las rocas del revestimiento invitaban a participar en su juego errabundo de frescor, ¿hubieras podido permanecer de ese modo indiferente al unidiverso privando a la culpa embrionaria de cualquier perspectiva de despliegue? Pero las trenzas fueron creciendo en afluentes y las mejillas se encendieron olorosas como membrillos en maduración, aunque la sangre ¿no se infiltraba? para correr por el talud aguas abajo.

Durante días caminaste con los párpados muy bajos, avergonzada de que todo el que quisiera posar la vista sobre ti notaría ese tráfico tan íntimo en las trompas; preguntaste a madre qué hacer con las vergüenzas que te sofocaban, dijiste:

—Es que parece que estamos todos haciendo el ridículo.

—Mírales a los ojos —contestó ella entre risas—. Hay que molestar un poco, que si no solo somos nosotras las molestadas.

—Pero es que no quiero molestar. Solo quiero que dejen de mirarme como si supieran lo que me pasa por dentro.

—Hay que molestar —insistió aligerando por momentos el acento selvático—, primero a las criaturas que habitan en favelas apelonadas por el pabellón de falopio, y que suelen rondar por el muelle de las fimbrias prontas a secuestrar ovocitos de segundo orden apenas son acarreados de los ovarios. ¿Qué se han creído?, interrumpir con ánimo de lucro una línea del ombligo, ¡qué desenvoltura!

En el siguiente eslabón toda la mercancía a-legal acaba en manos de una sola cooperativa —dueña de fincas que abarcan la extensión baldía de ampollas de falopio— apodada con la pancarta comercial de *Hijas sin hijas*. Aunque esta no hace sino macerar ovocitos en vasijas selladas, bien numeradas y ubicadas según un criterio sutil en ootecas que, observadas a vista de pájaro, conforman figuras impecablemente asimétricas, es una entidad descastada; se las ha visto mucho en ferias de embeleso con las pinzas depredadoras de punta en blanco como si no hubieran roto nunca un ovocito. Nada me gustaría más que chingar un poco a esa colectividad revenida.

Igualmente hay que escoger lámina a lámina, ¿por qué no?, a las adoradoras de la gramática entronizada. Todo es poco para exiliar de la carcasa redentora a esas guardianas de la culpa, amigas de podar correctamente la carga genética ajena, que se instalan por defecto cuando eres fertilizada en una clínica del estado biempensante. Tantas biografías a-gramaticales que podrían darse y acelerar la divergencia del mecanismo en cisma han sido sin embargo precintadas como simientes en contracción, ¿por qué no han sido aniquiladas sin más? ¿Acaso existe una ficción escatológica que se alimenta de este martirio de potencialidades retardadas? ¿Es el lenguaje en degradación el reverso necesario donde se holla la vía negativa hacia la señal que haría restallar la existencia dementocrática del unidiverso?